

Carlos Vattier

El ángel de la tarde



*N*o es el ángel de cuya trompeta caerá la estrella que encienda las aguas, ni uno de los cuatro que están de pie, librando los cuatro vientos; no es el ángel de mi guarda que plegaba sus alas para dormirse en mis juegos y no me ha vuelto la espalda; ni es tampoco el terrible arcángel de la espada y el potro con cascos de trueno que me levantará de los cabellos, cuando la tierra sucumba en el juego.

El ángel de la tarde nace del lucero del alba y se queda en una isla de aire hasta que desciende a llevarme. Bate las alas entre profundas nubes, resuena en círculos de luz, visita las fuentes del crepúsculo y fluye en mí como un hilo de agua o de cielo.

Mas no sé qué afán de misterio lo lleva, para que me tenga tanto tiempo sin poder nombrarlo y con el miedo de que se borre como un arco iris si lo llamo por mi nombre. Porque en sus labios que se funden en mi sangre madura la piel verde de mis palabras y sueltan ese halo de Dios que vive en el reverso de todas las cosas.

Sensitivo como un Angelus de infinitas rosas, lloviendo este casto solitario me ilumina de reflejos o se filtra en un mágico miedo.

Frío oleaje de nácar en la primera ablución de la mañana, arroja a la playa del día el incendio submarino del sueño.

Atento vigía de mi cansancio, me cierra los ojos como a un

muerto y juntos cruzamos su reino con las heridas resplandeciendo.

Imcomprensiblemente cruel y más fugaz que la sombra del viento en el éter, huye con todo lo mío de repente.

Sólo y despojado, mi corazón retumba en el sótano de las grandes tinieblas, mientras la tarde va cerrando los delgados pétalos de sus párpados.